

Marisa González de Oleaga, *Itinerarios. Historiografías y posmodernidad*. Madrid: Postmetrópolis Editorial, 2019, 271 págs.

En lo que llevamos de siglo XX, la bibliografía en lengua castellana, en general, y el gremio de los historiadores españoles, en particular, han venido haciendo un esfuerzo (página tras página, monografía tras monografía) por estudiar las propuestas teóricas de lo que se conoce como historiografía postmoderna, una corriente crítica de pensamiento historiográfico, de origen anglosajón, que ha venido dinamitando, en las últimas 3 o 4 décadas, las teorías y las prácticas más tradicionales de la profesión histórica.¹ Autores como Hayden White, F.R. Ankersmit o Keith Jenkins han encontrado cabida, poco a poco, en las páginas de las revistas académicas y universitarias españolas o en los libros publicados sobre teoría, metodología o filosofía de la historia. El esfuerzo está ahí, qué duda cabe, aunque no deja de ser tenue e, incluso, pendular.

En todo caso, es pertinente mencionar, por poner algunos ejemplos de este esfuerzo, los artículos publicados en el número de la revista *Ayer*, del año 2006, y coordinados por Miguel Ángel Cabrera, con textos de Gabrielle M. Spiegel y Joan Wallace Scott. Junto a este monográfico, hay que mencionar el famoso número 50 de la revista *Historia Social*, con traducciones de textos fundamentales de Ankersmit, Jenkins o el propio White, que debatían con historiadores, digamos, más tradicionales, como Perez Zagorin, Geoffrey R. Elton o Arthur Marwick. Ese célebre número finalizaba con una estupenda radiografía sobre la exigua y disputada recepción de la historiografía postmoderna en nuestro país, a cargo de Miguel Ángel Cabrera y titulada “El debate postmoderno sobre el conocimiento histórico y su repercusión en España”. Por supuesto, hay que nombrar, también, aunque de una década antes, los trabajos coordinados por Pedro Ruiz Torres sobre la situación de la historiografía en la España de finales del siglo XX, con artículos pioneros de Sergio Sevilla o de Juan José Carreras sobre la historiografía postmoderna o sobre el papel de la narración en el discurso histórico. Más recientemente, y dejando de lado la bibliografía en castellano de al otro lado del Atlántico, se han publicado un par de textos básicos sobre la historiografía postmoderna, además de varias imprescindibles traducciones, como las de los libros de Ankersmit y Jenkins, *Historiografía y posmodernidad* y *¿Qué es la historia?*, en FCE y en Siglo XXI, respectivamente. Estos dos textos básicos son el trabajo de Francisco Gómez Martos, *Historiografía del postmodernismo*, publicado en la colección de Anejos de la Revista de Historiografía, en 2014, y la tesis doctoral de Miguel Ángel Sanz Loroño, *Para leer a Hayden White, 1957-1973. Del humanismo liberal a la emergencia de la posmodernidad*, dirigida por Gonzalo Pasamar en la Universidad de Zaragoza (2015). En el campo de la teoría de la literatura, y en el de la literatura comparada, la recepción de la obra de Hayden White ha sido de lo más oportuna y sensible. Así, por ejemplo, podemos mencionar el *reader* de Cuesta Abad y Jiménez Heffernan, titulado *Teorías literarias del siglo XX. Una antología*, donde la obra de White está representada con su “Retórica de la interpretación”. Por último, me gustaría mencionar, también, y por poner otro ejemplo, el monográfico coordinado por quien

¹ También hay algún texto que estudia las propuestas “prácticas” de esta rama de la historiografía contemporánea. Véanse los trabajos de Aitor Bolaños de Miguel sobre los llamados “experimentos historiográficos postmodernos”, tanto en la *Revista de Historiografía* como en la *Revista Con-ciencia Social* o en esta misma revista *Historiografías*.

escribe estas líneas sobre *Metahistoria*, la citadísima y polémica obra de Hayden White, en el 50 aniversario de su publicación, en 2014 (aunque el libro de White es, en realidad, de 1973). Sin embargo, todos estos esfuerzos bibliográficos no esconden una actitud fría generalizada e, incluso, una postura antipática, con la que buena parte de los intelectuales españoles han recibido las propuestas teóricas y prácticas de la historiografía postmoderna. Salvo contadas excepciones, ha sido un *dialogue de sourds*, en suma.

Tras estas décadas de una cierta e insuficiente recepción quejosa y, sobre todo, y por fin, en este momento en el que ya, desde hace unos cuantos años, se está intentando una reevaluación madura de los textos originales de la historiografía postmoderna, aparece esta obra en la editorial Postmetrópolis, en el año 2019. El libro está escrito por Marisa González de Oleaga y supone la recuperación editorial de buena parte de su memoria de oposición universitaria, es decir, del trabajo académico que elaboró y presentó, a comienzos del presente siglo, para acceder a la plaza de profesora titular de Ciencias Políticas en la UNED. Pues bien, dicho esto hay que señalar que la mitad del libro recupera el grueso de esa memoria de oposición, que se centró en estudiar los debates historiográficos postmodernos que tuvieron lugar, entre diversos autores y en diversos medios editoriales, sobre todo en revistas académicas de difícil acceso, durante el final de la década de los 70, todos los 80 y buena parte de los 90 (debates sobre la narratividad historiográfica; sobre el giro lingüístico; sobre la historiografía entendida como representación, más que como correspondencia; sobre la nueva historia social; sobre los límites de la historiografía, especialmente en casos de “acontecimientos límite” como el Holocausto; sobre la nueva historia intelectual, pp. 39-99). Por ello, el libro consta de tres partes claramente diferenciadas, aunque parcialmente interrelacionadas, que pretenden constituir un intento de obra dialógica y polifónica.

El libro comienza con una pequeña introducción que lleva el título de “Itinerarios: aviso a navegantes” y que tiene una naturaleza descriptiva y auto justificativa: “este libro no es un estado de la cuestión sobre el llamado debate postmoderno, no es un ejercicio de erudición sobre las polémicas historiográficas que han tenido lugar en el mundo anglosajón” (pp. 7 y 37), sino que es un “itinerario”, un recorrido personal por textos de hace casi veinte años, que no han sido actualizados ni, aparentemente, revisados, que no habían visto nunca la luz y que, por tanto, se recuperan con la intención de hacer público el esfuerzo de una autora por representar, comprender e interiorizar el contenido básico de esos debates sobre la naturaleza de la historiografía, sobre su utilidad así como sobre el papel de los historiadores como mediadores entre el presente y el pasado. Como escribe Pedro Piedras en un texto recogido en este libro, “Marisa saca ahora del paréntesis al posmodernismo para volver a plantear cuestiones que –todos convendremos en que– siguen irresueltas” (p. 154). Cuestiones de enorme actualidad, y de enorme complejidad, en una *sociedad líquida* donde las prácticas historiográficas se encuentran en un callejón sin salida, atrofiadas por academicismos y formalismos que no encuentran eco en ningún lugar salvo en la propia academia, y donde la tradición universitaria le da la espalda a una deseada hibridación de géneros, como la que propone la autora (p. 104), a una *arracimación* de textos, siguiendo a Derrida, que intente dar cuenta de la complejidad del pasado sin renunciar a la complejidad de nuestro discurso.

Esta es la primera parte, y la más jugosa, de este libro. *Itinerarios* es un intento por reflatar, en el mundo universitario español, un debate que, en otros países, como Argentina, Chile o México, por ejemplo, ha tenido más eco y más frutos académicos y editoriales. En esta primera parte del libro, la autora recoge varios capítulos de su mencionada tesis de titularidad. Y cada uno de esos capítulos está precedido de unos títulos como “There vas no King in Israel”, “¿Hay un texto en esta clase?” o “Coda: los productos puros enloquecen”. Estos títulos son, qué duda cabe, más alegóricos que descriptivos (pp. 6 y 38), como reconoce la propia autora, y están sacados, en realidad, de la imaginación de autores como Novick, Borges, Cortázar o Bateson (véase la nómina de autores inspiradores en la p. 38). Es decir, son préstamos que la profesora de la UNED realiza de los autores estudiados, convocando, eso sí, varias de sus propuestas metafóricas previas, como el término, “friccionar”, por el que la autora entiende una manera particular de enfrentarse a la obra de otros autores, “aprovechando la diferencia para pensar con ella” (p. 119). En realidad, los títulos de cada uno de estos capítulos intentan sintetizar, con más empatía personal que capacidad descriptiva objetiva, las ideas básicas y fundamentales de cada uno de los debates.

La autora expone, de una forma certera, el contenido de los debates, se mueve con soltura entre las ideas más importantes de cada uno de los autores estudiados, cita con pertinencia las principales referencias bibliográficas y destila con detalle los pros y los contras de cada una de las posturas enfrentadas en cada uno de los debates. Si al comienzo del libro avisa de que no pretende ofrecer al lector un estado de la cuestión sobre estos apasionantes temas, desde luego no lo es pero, quizás, a su pesar: no lo es no porque no lo fuera en la intención académica original que tuvieron estas páginas sino porque toda la exposición se ha quedado sin revisar y sin actualizar. Una lástima, porque se han publicado muchas obras interesantes sobre estos mismos debates desde comienzos del siglo XXI, obras que, de buen seguro, complementarían ese intento pionero de la autora por estudiar, desde un punto de vista académico y universitario, un objeto de estudio novedoso y apasionante: los debates historiográficos sobre la “realidad y la ficción, sobre el lenguaje como mediación entre el sujeto y lo real, y sobre la imbricación del saber con el poder” (p. 21).

La segunda parte, llamada “Cruce de caminos”, recopila un conjunto de textos ajenos sobre la experiencia de lectura de la primera parte. Es decir, la autora ha solicitado a varios colegas y compañeros de profesión universitaria, tanto de España como de otros países, para que dejen, negro sobre blanco, su opinión y vivencia personal sobre las primeras cien páginas de este libro: es decir, sobre *Itinerarios*. De hecho, la propia autora reconoce que la idea de abrir el diálogo a otros colegas surgió del intercambio de *emails* con Pedro Piedras Monroy, a quien la autora había solicitado la elaboración de un prólogo para este libro: “la consigna fue sencilla: dar cuenta de la experiencia de lectura de este trabajo que es, a su vez, una experiencia de lectura de los debates que allá por los años 90 del siglo XX tuvieron lugar en la historiografía occidental” (p. 120). El resultado es tan desigual como interesante, con textos tan estimulantes, aunque brevísimos, como los de Mafe Moscoso, Pablo Sánchez o Pedro Piedras; o tan intempestivos como uno en el que ni siquiera se menciona a un solo historiador postmoderno o a alguna de sus ideas. A lo largo de estas dos primeras partes, tanto la autora de este libro, como alguno de los colaboradores en el camino, han usado de la técnica del diálogo inventado, para dar cuenta de las diversas perspectivas en liza, para representar algunos de los distintos puntos de vista sobre la naturaleza del pasado, sobre los límites de la forma en la que lo representamos y sobre la utilidad de la

historiografía para entender nuestro presente y, sobre todo, para intentar mejorarlo. En este sentido, la forma abraza el contenido, haciendo de la ficción dialogada un recipiente para la reflexión y el debate intelectual. No hace mucho tiempo, por cierto, Alfonso Mateo-Sagasta publicó un estimulante librito sobre estas cuestiones, titulado *La oposición: un relato sobre la invención de la historia*, donde se da cuenta, también a través del diálogo inventado, ficticio, aunque no irreal, entre un opositor al cuerpo de profesores de historia de instituto y los miembros de su inventado tribunal, sobre la naturaleza y los límites de la labor historiográfica. Un librito que, paradójicamente, acerca posiciones respecto de las propuestas de la historiografía postmoderna, aunque lo hace desde el terreno de la ficción pura, no desde la ficción histórica. Un interesantísimo experimento historiográfico postmoderno, todo hay que decirlo, que merece la pena leer y estudiar con calma.

Finalmente, la tercera y última parte del libro, titulada “Caminos sin brújula”, recopila un conjunto de artículos elaborados por la autora que, en su momento, vieron la luz en varias revistas académicas y universitarias españolas, pero que han contado con una ligerísima difusión e influencia. Así, entre estos textos se vuelve a publicar “De lobos y fauces”, uno de los primeros intentos, en la historiografía académicas española, por entender y explicar algunas de las ideas de fondo de la historiografía postmoderna, aunque sin mencionar a ninguno de los representantes más conspicuos de la historiografía postmoderna (el texto original se publicó en 1997). En un texto de 1999, la autora ya sí citaría y estudiaría algunas de las propuestas concretas de la historiografía postmoderna, como la obra de Hayden White, Keith Jenkins o Alun Munslow. Otros textos resucitados del olvido académico español, para cerrar este bosquejo de experimento historiográfico postmoderno, es el que la autora elaboró para el libro colectivo *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, editado por Pablo Sánchez y Jesús Izquierdo y publicado en la editorial Siglo XXI, en 2008; o el que la autora redactó como introducción a la edición española del clásico Routledge de Keith Jenkins, *¿Qué es la historia?*, también en la editorial Siglo XXI, una año más tarde, en 2009.²

En definitiva, estamos ante un libro que es, en realidad, una radiografía: una radiografía que muestra el rastro radioactivo de aplicar los rayos *histórico-editoriales* a una parte de la propia biografía intelectual de la autora y que deja, sobre el polímero emulsionado, el intento de la autora por desentrañar y hacer explícitas algunas de las principales propuestas teóricas de la historiografía postmoderna. Aunque, como ya he mencionado, hubiera sido de agradecer una revisión y/o actualización más completa de los autores mencionados en el libro, de sus ideas o argumentos o de la bibliografía utilizada que, ciertamente, no sobrepasa el cambio de siglo, aunque sí que se agradece el añadido de las ediciones recientes, en castellano, de varios de los trabajos citados en el libro, habitualmente en su edición original en inglés. Pero, a parte de una radiografía, es, también, un bosquejo: un bosquejo por reformular la forma de hacer historia, siquiera historia intelectual. De esta manera, la autora pretende crear un experimento historiográfico postmoderno, aunque sin experimentar ni innovar realmente. Y es que el intento de jugar con la forma y con los títulos de los capítulos (“bajo el signo de la metáfora y de la confusión de géneros”, p. 12), de dialogar o de recuperar textos recobrados, no esconde el espíritu de amortización de fondo con la que se ha pergeñado

² Una edición en la que, por cierto, se incluyó parte de una entrevista que el autor de estas líneas tuvo el placer y el honor de realizar, al propio Keith Jenkins, en el verano del año 2006, en la Universidad de Chichester.

esta nueva propuesta editorial. Así, la recuperación de un texto académico, junto con el añadido de varias lecturas universitarias o de otros textos de la misma autora, publicada en otros medios académicos, no termina de cuajar como experimento historiográfico. Al texto universitario original se le añade una carcasa superficialmente dialógica: en realidad, falta *ese* diálogo, falta esa conversación.³ No hay una polifonía real, como querría la autora, sino una sucesión de *monotonías*, más o menos académicas.

Si hablamos de experimentos historiográficos postmodernos, a un lado o al otro de la experiencia narrativa, debemos mencionar otros textos, que la autora seguro que conoce y seguro, también, podrían haber inspirado su libro. Por ejemplo, Walter Benjamin pensaba globalmente, pero escribía fragmentariamente: ahí está *Calle de dirección única* (1926) para atestiguarlo. Hayden White quiso acabar con la obsesión historiográfica académica por la cita de autoridad y por las fuentes: y ahí está “The Burden of History” (publicado en 1966, en *History & Theory*) para ejemplificarlo. Derrida quiso reflexionar en los márgenes de la filosofía, la literatura y la biografía: ahí está *Glas* (1974) para ilustrarlo, siguiendo la estrategia representativa de un Karl Kraus. Robert A. Rosenstone quiso escribir sobre el pasado de una forma no académica ni convencional, de una forma más exigente con el autor y fomentando la participación de los lectores: ahí está *Mirror in the Shrine* (1988) para demostrarlo. Finalmente, entre nuestros pagos, Jesús Izquierdo y Pablo Sánchez han hibridado autobiografía, memorias colectivas, reflexión historiográfica e historiografía académica: ahí está *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros*, para comprobarlo. Por ello, desde el punto de vista de la forma, *Itinerarios* se queda a medio camino entre lo que dice ser y lo que realmente es. Intenta “adecuar el relato a la libertad ‘formal’ que han abierto los nuevos aires” (p. 7) historiográficos, pero se queda en ese mero intento.

Aitor Bolaños de Miguel
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)
ambdem5@gmail.com

Fecha de recepción: 2 de diciembre de 2020

Fecha de aceptación: 9 de diciembre de 2020

Publicación: 31 de diciembre de 2020

Para citar este artículo: “Aitor Bolaños, Marisa González de Oleaga, *Itinerarios. Historiografías y posmodernidad*. Madrid: Postmetrópolis Editorial, 2019, 271 págs.”, *Historiografías*, 20 (julio-diciembre, 2020), pp. 155-159.

³ Unas páginas con la respuesta de la autora a cada uno de los textos de ese “cruce de caminos” hubiera representado ese coloquio, desde luego.